

11 de diciembre de 2020



Seminario Conmemorativo

Mesa inicial. Reflexiones sobre el origen, los objetivos y la evolución del CTVLU

Intervención Eugenio Anguiano

Víctor L. Urquidi y el Centro Tespoztlán

Agradezco mucho a Clara Jusidman su enorme esfuerzo y el de un puñado de sus colaboradores para hacer posible este seminario conmemorativo que hoy comienza. Creo que con esta actividad ella cierra con broche de oro su extraordinaria gestión.

Una manera brevísima de calificar lo ocurrido durante mi presidencia en el Centro Tepoztlán Víctor L. Urquidi es que fue de transición. Debo, por tanto, describir someramente mi relación con el maestro Urquidi, de la que resultó mi pertenencia al Centro.

El primer acercamiento ocurrió en 1975, cuando en mi función de Embajador de México en la República Popular China me tocó recibir la visita del Presidente de El Colegio de México, quien acompañado de Graciela de la Lama y de Omar Martínez Legorreta llegó a Pekín (Beijing), para cabildear con instituciones chinas el respaldo de ese país a fin de que se celebrase en México el 30 Congreso Internacional de Orientalistas. Luchaba también por tal sede la Unión Soviética, que contaba a su favor con una larga tradición, desde la época zarista, en estudios de Asia oriental y de relaciones con, primero, el Imperio del

Centro y luego con la China nacionalista y la comunista. El señor Urquidi lograría el respaldo chino y pese a la fuerte posición rusa se efectuó el congreso en agosto de 1976, en la Ciudad de México y ya con un nuevo nombre: Congreso de Ciencias Humanas en Asia y África del Norte.

Una segunda y más profunda convivencia con Víctor ocurrió en 1977, cuando desafiando críticas internas, él tuvo la generosidad de invitarnos en calidad de profesores e investigadores asociados al Colegio de México, a un grupo de personas que debido al cambio de gobierno de Luis Echeverría a José López Portillo, nos encontrábamos desempleados o marginados en instituciones donde laboraban. Encontramos refugio en el COLMEX Jorge Castañeda y de la Rosa, destacado embajador a quien el Secretario de Relaciones Exteriores en turno lo tenía congelado; Jesús Silva-Herzog Flores quien parecía languidecer en una oficina irrelevante del Banco de México; Sergio Reyes Osorio que había sido subsecretario de Reforma Agraria en el gobierno de Echeverría y gozaba de un muy bien ganado prestigio como ingeniero agrónomo especialista en movimientos agrarios y desarrollo agrícola; Gerardo Bueno, quien había sido el primer secretario del CONACYT, y el que habla.

A estos debe agregarse a Miguel S. Wionczek, quien entre otras cosas establecería el Programa de Estudios Energéticos en el Colegio de México, institución donde él permaneció de 1970 hasta su fallecimiento ocurrido en 1988.

En 1979 “Chucho” Silva-Herzog sería nombrado subsecretario de Hacienda y Jorge Castañeda secretario de Relaciones Exteriores. Por mi parte, mantuve mi asociación con el Colegio de México hasta mediados de aquel año, fecha en que me reincorporé a la Secretaría de Relaciones Exteriores. En el Colegio de México siempre encontré en Urquidi, un enorme apoyo para los proyectos académicos que realicé en ese lapso de tiempo, y para que asistiera como fellow del Center for International Affairs de la Universidad de Harvard, generación 1978-1979.

En los siguientes años tuve la fortuna de volver a tener momentos de convivencia con Urquidi, como uno en Buenos Aires, cuando yo era embajador en Argentina y ya había sido creado el Centro Tepoztlán. Esto ocurrió en el departamento de la viuda de Raúl Prebisch, en donde Víctor me propuso que compitiera por la Secretaría General de la CEPAL, para lo cual francamente no tenía yo posibilidad alguna de ganar.

A mediados de 1994 dejé definitivamente el servicio exterior y acepté la invitación de Mario Ojeda para unirme al Colegio de México como profesor del CEAA. Entonces tuve la oportunidad de nuevamente no sólo encontrarme con Urquidi, sino de ser parte, junto con él, de la comunidad Colmex. Fue entonces cuando el creador del Centro Tepoztlán y su permanente tesorero me invitó, primero, a dar una o dos conferencias al Centro y en 1995 a que me hiciera miembro asociado. En 2003, no recuerdo exactamente la fecha, Víctor me pidió que lo supliera como Tesorero y cumplí con ese compromiso por varios meses, siguiendo cuidadosamente el método del maestro economista para elaborar informes de tesorería a valores presentes descontados.

Después del sentido deceso del querido Víctor, asumí de manera interina la presidencia del Centro Tepoztlán, al concluir el mandato de Eduardo Terrazas, y en enero de 2005, una Asamblea Extraordinaria de asociados me ratificó en el cargo, que es honorífico y de muy grata responsabilidad. Fui reelecto a fines de 2006 por otros dos años, pero por varias razones se extendió mi ciclo al frente de nuestro Centro hasta fines de 2009.

La desaparición física de Urquidi parecía que conllevaría a la del Centro Tepoztlán, al menos eso auguraban varios colegas y amigos. Pero gracias a la fidelidad y persistencia de sus asociados se logró la prolongación, hasta nuestros días, de esta organización que en mi opinión se ha enriquecido y fortalecido con el aporte de nuevos miembros y la fecunda tarea de los veteranos y de Eduardo Terrazas, Rodolfo Stavenhagen, Mauricio de María y Campos, y de la actual presidenta, Clara Jusidman, primera mujer al frente del Centro que ha llegado a 40 años de existencia.

Además de lo señalado, para asegurar la continuación del Centro Tepoztlán era necesario el apoyo de El Colegio de México, que afortunadamente encontré en Andrés Lira y en su sucesor, Javier Carciadiego a quien invité para que nos regalara con varias conferencias. No obstante, Javier tenía por entonces todos los sábados un programa de radio en vivo sobre historia de la Revolución Mexicana y no pudo asistir a nuestras sesiones en el mágico Tepoztlán.

Un asunto de primordial importancia fue renovar con las autoridades federales y locales el régimen jurídico de asociación civil sin fines de lucro, lo cual resultó una tarea complicada en la que tuvimos la gran ayuda de Eduardo Terrazas, Rosa María Ruvalcaba, Sheila Urquidi, Graciela Salazar y otras personas. Se logró mantener ese estatus pero no fue posible que el fisco aceptara que las cuotas de los socios pudiesen ser deducibles del impuesto sobre la renta.

En el ámbito nacional, el periodo 2004-2009 fue marcado en lo político por el triunfo electoral de la oposición, después de más de 70 años de dominio del PRI a través de sus diferentes nombres. En el Centro Tepoztlán se discutió y analizó la situación económica y social del país bajo dos gobiernos panistas y el impacto de las fuerzas de izquierda en el Poder Legislativo y en gobiernos locales, en particular en la jefatura de la Ciudad de México.

En cuanto a lo internacional, buena parte de nuestras preocupaciones se centraron en la crisis financiera de 2008 y la subsecuente gran recesión. Asimismo, fue objeto de debate en algunas reuniones de trabajo la política exterior caracterizada por el ingreso de México al Consejo de Seguridad de la ONU en el periodo 2002-2003, más las relaciones de México con Estados Unidos, Latinoamérica, China, India, África y Europa. También se atendieron temas que son inherentes al origen del Centro y que el propio Urquidi acometió por muchos años: crecimiento sustentable, distribución del ingreso, medio ambiente, población y muchos más.

Concluyo diciendo que fue para mí un privilegio haber fungido como presidente del Centro Tepoztlán en la transición de dos eras: antes y después de VLU. Así como de aprendizaje no sólo de temas académicos sino el derivado de mi convivencia con seres humanos generosos y lúcidos que han y siguen estando activos en el Centro. Considero como mi mejor aportación el haber podido convencer a Rodolfo Stavenhagen, él sí miembro fundador del Centro, para que asumiera la conducción de nuestra peculiar Paideia.